

EL VIAJE

Un paseo a través de los sentidos. Un encuentro personal contigo mismo del que te llevaré cogido de la mano. Suelta tu pesada carga y sígueme.

Mañanita de niebla, tarde de paseo

Hoy te contaré una historia de amor. Pero no una historia de amor cualquiera, sino una de esas que se cuentan a la luz de una hoguera o se narran como cuentos de buenas noches. Prepárate para conocer la magia de lo imposible, que el amor todo lo puede. Prepárate para conocer la historia entre Otoño y Primavera.

Dicen que se encontraron sin buscarse, pese a la condena de estar por siempre separados. Que sin saberlo, él la desnudaba aun sin conocerla entre lloviznas, nieblas y brisas. Que para ella creaba alfombras de hojarasca que nunca podría ver. Mucho menos pisar. Pero un día todo cambió, pues Otoño incumplió las normas. Nada le apetecía más que conocer a esa que todo lo florecía, la que llenaba todo de frescos aromas y daba vida a través de inquietos animalillos y flores de mil colores. Estaba decidido: cruzaría las fronteras de Invierno para conocer a esa que llamaban Primavera.

Dicen que se encontraron sin buscarse, aunque la curiosidad así lo hiciera posible. Dicen que a ella le contaron que antes de que Invierno todo lo ajusticiase con su espada de frío, existía una época donde las hojas bailaban al compás de las brisas para quedar abrazadas a los pies de sus mentores. Que un hálito de vaho cargado de magia jugaba con los rayos del

sol volviéndolo todo misterioso y nostálgico. Que los pájaros flirteaban con el silencio, y que finas lloviznas acariciaban todo aquello con mimo. Tenía que conocer a ese que todo aquello era capaz de crear; atravesaría las fronteras de Invierno y desde allí se asomaría para poder ver al que llamaban Otoño.

Otoño caminó a hurtadillas antes incluso de que nada ni nadie despertase. Avanzó cruzando la frontera, y convertido en niebla reptó entre lo que ahora se le antojaba inerte y frío. No había hojas que mecer, pocos fueron los animales que le saludaron; pero a pesar de todo, Otoño continuó avanzando. Necesitaba saber más de ella, pues sin conocerla sentía que la amaba.

Primavera, pese a conocer los riesgos, se adentró por los pasos más fríos de Invierno. Al principio sintió que su piel se volvía blanca, pero ella sonrió, miró a su alrededor, y como algo maravilloso todo se iluminó de una luz cálida y especial. Primavera avanzaba despacio, como envuelta en telas de gasa, estaba decidida a conocer más de aquel ser misterioso que la llenaba de romanticismo sin siquiera conocerlo aún.

«No la encontrarás», le dijeron a Otoño cada vez que preguntaba por ella. «Jamás llegarás a él», desanimaban a Primavera con cada pregunta lanzada. Pero en su desesperado vagar por tan frías tierras, el milagro sucedió. Sin darse cuenta, estaban uno frente al otro. Era la primera vez que se veían. La primera vez que sentían sus esencias, tan distintas entre sí, tan especiales a la vez.

—Me dijeron que no te encontraría.

—A mí me dijeron lo mismo.

Ambos se miraron en silencio, incrédulos, disfrutando de cada segundo de admiración. Se acercaron tímidamente. El día avanzaba. Él se dejó tocar por la vida que solo ella era capaz de dar. Ella aceptó la caricia nostálgica que tan solo la niebla posee. Sin apenas darse cuenta, sus cuerpos se unieron en un abrazo que el día atemperó. La niebla se convirtió en pájaros trovadores, en rayos de sol. En esperanza. Por un momento, todo se llenó de vida; una vida romántica y alegre. La mañana de suspiros grises dio paso a una tarde de sonrisas de luz cuando sus labios se encontraron. Hubo magia. Hubo ilusión. Sin duda, hubo amor. Pero la noche llegó, e Invierno, una vez más, fue dueño de cuanto ahora le pertenecía.

—Vendré siempre que pueda —dijo él.

—Me encontrarás en los paseos de cualquier tarde de Invierno —sentenció ella.

Ahora que por fin se habían conocido, romperían las reglas de lo establecido para darse calor en Invierno y suave cobijo en Verano. Se amarían en cada rincón pactado, como dos adolescentes que disfrutaban tanto de los fríos besos en la madrugada, como de las caricias calientes sin necesidad de ropa alguna. Ahora que por fin se conocían, jamás podrían dejar de amarse.

—Te buscaré, Primavera.

—Para ti siempre estaré, mi Otoño.

Reflejos de verdad

Solo tenía ganas de llorar. Llorar la tristeza que atenazaba su alma. Llorar la soledad que le castigaba con su silencioso zumbido. Con sus recuerdos. Con sus fracasos. Con sus sueños no cumplidos.

Caminó hacia la ventana, descalza. Sintió el suelo a través de la planta de sus pies. Un escalofrío sacudió su cuerpo. Se abrazó a sí misma, y las vio rodar por sus mejillas, lentamente, en el reflejo que ahora proyectaba sobre el cristal. Su propio vaho las ocultó. Con una de sus manos acarició el vidrio, intentando buscarse de nuevo; pero lo que encontró fue la nostalgia de una noche de lluvia. La humedad entre los dedos encrespó su piel. Tragó saliva.

Las gotas jugueteaban al otro lado del cristal, joviales, despreocupadas. Intentó tocarlas, aun sabiendo que era imposible. Al menos las acompañaría con sus yemas en su loco descender. Eran libres. Jugó con ellas. Sin darse cuenta, sonrió.

Cuando su vista dejó de ser borrosa, nuevamente se encontró en el reflejo del ventanal; y las que bajaban por su rostro, las que parecían nacer de sus pestañas, sí que las pudo tocar. Y las tocó. Al principio las apartó con mimo. Luego, con un poco más de intensidad. Incluso con rabia. Hasta que sus mejillas se pusieron rojas, hasta que un grito la hizo cerrar los

ojos y desaparecer de aquel reflejo de triste realidad. Un reflejo del que se apartó descalza, del que nada más quiso saber; pues encontrar la verdad en ti mismo, el saber lo que has de hacer, duele más que la tortura de una tristeza pasajera, una soledad autoimpuesta.

Se hizo un ovillo, y se cubrió con la manta en el rincón favorito de su sillón. Todavía se torturaría un poco más, aun sabiendo la respuesta. Aun conociendo la verdad.

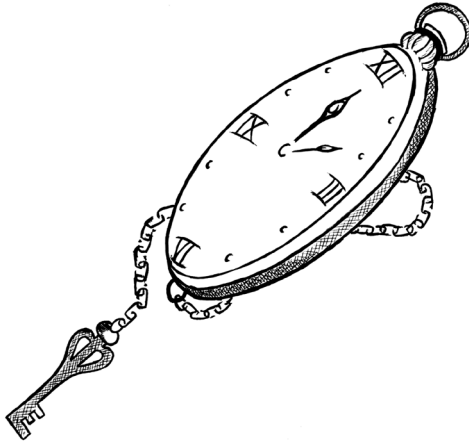
Miró desde el sillón los cristales negros. Suspiró a la noche. Esperaría a entender que su rutina, sin duda alguna, era lo mejor que podría sucederle. Aunque antes de que esto sucediese, dejaría de llover; pero no en su corazón.

Tic-Tac

Eres mi «Tic». Eres mi «Tac». «Tic-Tac» en un reloj lleno de segundos especiales. Inolvidables. Un «Tic-Tac» de recuerdos, de pensamientos encadenados. De suspiros. De buscarte. De haberte encontrado en lo vivido y en lo soñado. Huelo a ti.

«Tic-Tac. Tic-Tac». Todo el rato. Entre luces y sombras.

«Tic.» Un beso, una caricia. «Tac». Un suspiro, un 'te quiero'.



«Tic». En mis párpados cerrados te encuentro. «Tac». Anheló tras el deseo ya disfrutado. Deseo de ti. ¡Te mordería si aquí te tuviese! Otro suspiro.

Dulce castigo que me lleva a la tortura de querer verte durante un «Tic» más. Guardar tu imagen como un tesoro tras aquel «Tac» que me unió a ti. A tu mirada profunda. A tu cómplice sonrisa. Fuego y agua. Pasión y elixir. Como dos gotas de agua fusionadas. Como dos llamas abrazadas consumiéndose al ritmo de un «Tic-Tac» que de todo nos aleja. Que ni si quiera escuchamos ya.

«Tic-Tac. Tic-Tac». Todo el rato. Entre sombras y luces.